

El concepto de clase social en textos premarxistas: Sieyés y Condorcet.

Cecilia Feijoo y Antonella Coullery.

Cita:

Cecilia Feijoo y Antonella Coullery (2019). *El concepto de clase social en textos premarxistas: Sieyés y Condorcet. XIII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-023/26>

Título: El concepto de clase social en textos premarxistas: Sieyès y Condorcet¹

Autoras: Coullery, Antonella; Feijoo, Cecilia

Eje 1: Filosofía, teoría, Epistemología, Metodología

Mesa 5: Los derroteros espejados de socialismo y sociología

Facultad de Ciencias Sociales UBA

antocoullery@gmail.com, macefe76@gmail.com

Resumen

El trabajo pretende abordar y analizar la aparición de determinados conceptos tales como sociedad, clases, clases de desigualdad, ciencias sociales, arte social, método, asociaciones léxicas usadas y que circularon en los escritos de la democracia francesa clásica. En este caso analizaremos *Qué es el tercer estado?* de Emmanuel Joseph Sieyès y *Bosquejos de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano* de Condorcet. Nuestro interés estará en analizar la forma, el significado y la dinámica que abre esta serie de conceptos que cobran vida en una época determinada, asociada a la revolución francesa, y que fueron leídos y apropiados por los pensadores alemanes, entre ellos Marx. En este sentido el trabajo resumirá una parte de los debates y lecturas de un grupo de investigación que aborda el origen y la circulación del concepto de clase social en textos premarxistas.

Palabras Claves: clase social, arte social, ciencia social, Sieyès, Condorcet.

Introducción

El presente trabajo es un breve y acotado análisis de dos textos del período clásico francés con el objetivo de indagar la aparición de un nuevo lenguaje, de nuevas nociones, nuevas formas de nombrar. Estas nociones emergentes van a influir en los pensadores “socialistas” franceses de las primeras décadas del siglo XIX y, a raíz de la rápida comunicatividad conceptual de esa coyuntura histórica, en los pensadores alemanes, entre los que se encuentra Karl Marx (Grandjonc, 2003: 44). En este sentido, los dos textos que abordaremos en esta ponencia son: en primer lugar, el texto de Emmanuel Sieyès, *¿Qué es el tercer estado?*, escrito inicialmente en 1789 y que posee tres

¹ La presente ponencia fue elaborada como parte del Proyecto Ubacyt “Marx en su bicentenario. Los orígenes del concepto de clase social: apropiación y renovación de la matriz discursiva del socialismo francés (1789-1948)”. Código 20020170200349BA.

versiones, de la cual tomaremos la última revisada por su autor. En segundo lugar, el texto de Condorcet, *Bosquejo de cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*, publicado póstumamente en 1795.

Nuestra indagación pretende, entonces, analizar una posible vinculación entre estos escritos con la arquitectura léxica que configura el pasaje del pensamiento francés al alemán y viceversa, referido a la aparición del concepto de clase social como un concepto específico y delimitado en su doble dimensionalidad: analítico-conceptual y subjetivo-real.

Ambos textos producidos a finales del siglo XVIII no forman parte de la tradición sociológica, aunque sí de la tradición política y filosófica. Sin embargo, en esos textos se anuncian y se pronuncian una serie de conceptos que están ligados a la tradición sociológica. En primer lugar, son textos situados, no con el pasado, sino con una coyuntura específica, con un presente, que es el proceso de la Revolución Francesa. Esa coyuntura transforma formas gramaticales emergentes, actuantes y actuales, que intentan definir los autores para construir un nuevo saber científico, las “ciencias sociales”, el “arte social”, la “ciencia del progreso del espíritu humano” como una forma de análisis, de intervención y modificación de su presente, como acción frente a aquellos acontecimientos que están sucediendo.

Nuestro trabajo pretende rastrear la sincronía entre las palabras “clase”, “intereses”, “progreso social”, “desigualdad de riqueza”, “división social” que se despliegan asociadas a “ciencia del orden social”, “ciencia social”, “arte social”, “ciencia del progreso del espíritu humano”, “ciencias humanas”, “ciencia morales y políticas”. Esta sincronía constituye una “explosión conceptual” que acompaña el proceso revolucionario como una nueva gramática de la emancipación y un nuevo saber: las ciencias sociales. Este nuevo saber surgido de la razón y alejado de los tumultos de esa nueva sociedad que emerge: la moderna sociedad burguesa.

Emmanuel Sieyès, de los órdenes a las clases

El texto de Sieyès *¿Qué es el tercer estado?* está situado en los debates que desencadenan el llamado a los estados generales por parte de Luis XVI. Es un texto político, pero en él y, como parte de los fundamentos que despliega para invocar la potencia constituyente del tercer estado, el abate introduce ya en el primer capítulo un análisis social, un análisis del tercer estado. Este análisis oficia de fundamento último, o quizá primero, del actor político emergente a quien el autor intenta discutir cuál debe ser la forma en que debe representarse políticamente. Sieyès, se mueve a través de conceptos emergentes como los de “soberanía”, “nación” y “representación”, conceptos de la

sociedad política, hacia conceptos o formas de nombrar el orden social. Así el análisis del “orden” tercer estado es un análisis de las clases que lo componen, como veremos más adelante.

El autor se desplaza a través de movimientos de identificación semántica. Uno de ellos, es la identidad que establece entre el tercer estado y “sociedad”. El tercer estado *es* la sociedad porque es aquel “orden” que produce, que trabaja y, que por ello, constituye los fundamentos de la sociedad.

Sieyès inicia su texto con ánimo clasificador, e indica que “podemos agrupar” todos los “trabajos particulares” en cuatro “clases” (Sieyès, 2002: 2-3). La “primera clase, en el orden de las ideas, estará conformada por todas las familias dedicadas a los trabajos del campo”. La segunda clasificación de los trabajos está dada por “una nueva mano de obra” que agrega a la materia prima -producida por la primera clase de trabajos- “un segundo valor”. “La industria humana consigue así perfeccionar los dones de la naturaleza y que el producto bruto duplique y hasta centuplique su valor”. La tercera clase de trabajos está referido a la intermediación comercial. Son los “agentes intermediarios, útiles tanto a los productores como a los consumidores”. Son los mercaderes y los negociantes que especulan sobre “el acopio”, el “transporte” y “los pagos”. La última clasificación de las clases de trabajos ya no refiere a los “*objetos* propios del consumo o el uso” sino a la “multitud de trabajos particulares y de servicios *directamente* útiles o agradables a la *persona*”. Esta última clase, indica el autor, incluye a profesiones científicas y liberales las “más distinguidas” como a “los servicios domésticos menos valorados”. Agrega, de manera significativa que estos “son los trabajos que sostienen a la sociedad”.

Podemos suponer que Sieyès utiliza clase con ánimo clasificador, clase como adjetivo y no como sustantivo, “clase” como una forma de clasificar los atributos de los diferentes trabajos o “clases de trabajo” en que se divide el cuerpo social. Pero veremos como en el desarrollo de la obra de Sieyès esta primera definición de clase adquiere una nueva significación sustantiva en la permanente contraposición entre las *clases* y los *órdenes*, entre una lógica de las clases y una lógica de los órdenes. Este binarismo está asociado a otros que decurren en su texto privilegios/nación, orden político/orden social, interés particular/interés general.

En el desarrollo de esta contraposición entre orden y clase el autor se refiere a las funciones públicas porque aparte de las “clases de trabajos” que conforman a la sociedad aparece la cosa pública, las funciones públicas como otra actividad referida al cuerpo político, al Estado. Los miembros del tercer estado son también funcionarios públicos pero son funcionarios que no ocupan los cargos ni “destacados” ni “honoríficos”, cargos que pertenecen al “orden privilegiado” y a los cuales no se acceden “por el concurso de los talentos” sino por la “usurpación” de la nobleza, en función de la lógica de los privilegios feudales. Esta “usurpación” es a la vez “una injusticia odiosa para el común de los ciudadanos y una traición a la cosa pública” (Sieyès, 2002: 4).

Si el orden es contrario a la cosa pública y por ende a la nación, es necesario para Sieyès demostrar también que el orden noble “no forma parte de la organización social, que puede ser bien una *carga* para la nación, pero que no es una parte de ella”. Orden y sociedad se contraponen primero, se excluyen después y es esta oposición la que define, como en Hegel, el antagonismo: la imposibilidad de la subsistencia de la lógica de los órdenes dentro de esta nación emergente, nación que es una “organización social” compuesta por el trabajo, por clases de trabajo y funciones públicas. Los conceptos “sociedad”, “clases de trabajo” y “talentos” asociados a la esfera de la sociedad civil se contraponen a los “privilegios” de los órdenes, privilegios que pertenecen a la esfera de la sociedad política.

Si el primer capítulo de la obra gira en torno a la afirmación de que el tercer estado es “una nación completa”, los siguientes capítulos se desplazan al cuestionamiento sobre la representación política que debe tener ese “orden” que es, a la vez, una sociedad entera y una nación. El argumento del autor oscila entre una posible convivencia entre los estados/órdenes y la exclusión entre órdenes/clases. Así podemos observar que el autor vuelve a introducir la polaridad orden/clase cuando debe analizar cómo debe ser representado el tercer estado. Aquí aparece otra cadena semántica que entrelaza una representación que emerge de la lógica de los órdenes para romperla como tal, pero a través de un salto lógico.

El tercer estado no debe representarse como clase sino como “cabeza”, como individuo. La representación política entonces implica: “diputados salidos de su orden”, que sean “intérpretes y defensores de sus intereses”, que posean una “influencia igual a aquella de los privilegiados” y por ello que los votos sean “votos por cabeza y no por órdenes” (Sieyès, 2002: 14-15). Es el número el que prevalece a la hora de pensar la representación de la nación como una, quizá porque ya desde un inicio Sieyès es consciente de la heterogeneidad social de esto que es la sociedad de clases emergente, cuando se refiere por ejemplo a la distinción entre ricos y pobres que anida en el tercer estado, o cuando legitima la propiedad.

Es en este apartado que Sieyès advierte el peligro de que la representación del tercer estado sea hegemonizada por algunos de sus miembros que bajo la influencia de las costumbres de servidumbre hacia el orden privilegiado, “superstición feudal que anida en todos los espíritus” y por “la influencia de la propiedad”, resulte una representación contraria a los intereses del tercer estado. La propiedad, indica Sieyès, “es natural, yo no la proscribo: pero se convendrá que ella presta aún toda la ventaja a los privilegiados y que se puede temer, con razón, que preste su potente apoyo contra el tercer estado” (Sieyès, 2002: 16). La propiedad es una polea que ata el orden privilegiado a las “clases” propietarias del tercer estado. Por ello, su papel es ambivalente.

La búsqueda de una representación política adecuada a los intereses emergentes del tercer estado, en su circularidad “sociedad”, “trabajo”, “talento” incluye la propiedad como intangible pero avizora los peligros que conlleva, el peligro del equívoco entre los intereses del tercer estado y los de los órdenes privilegiados. Por ello, Sieyès debe buscar en otra “clase” a aquellos sujetos idóneos para representar los intereses del tercer estado, y así lo indica cuando plantea que “consideren las clases *disponibles* del tercer estado; y llamo *clases disponibles* a aquellas que gozan de una cierta gracia que permite a los hombres recibir una educación liberal, cultivar su razón y, en fin, interesarse en los asuntos públicos” (Sieyès, 2002: 20). Y agrega, que es esa gracia, la que permite conjeturar que “esta clase no tiene otros intereses que los del resto del pueblo”, por lo que constituyen los “buenos representantes de la nación”. ¿Quiénes son estas clases disponibles? ¿Se trata de la burguesía? ¿Es la pequeña burguesía ilustrada?

Su temor frente al carácter equívoco de la propiedad y su idea de que estas clases son aquellas que poseen la gracia del ocio capaz de permitir al individuo el acceso a las luces de la razón parece inclinar la respuesta por la segunda. Pero más adelante Sieyès va a indicar que dentro del cuerpo de notables y también dentro del cuerpo de eclesiásticos, se encuentran los primeros defensores de la justicia y la humanidad, ambas causas del tercer estado. El tercer estado “habitado al silencio del oprimido”, encuentra en los dos primeros órdenes a los hombres mejor situados para aprehender las grandes relaciones sociales y cuya lucidez ha sido desvirtuada en menor medida. Estos hombres prefieren la justicia universal, el interés nacional por sobre los intereses corporativos, porque entienden que la garantía de la libertad pública se encuentra con y por el pueblo².

En busca de un orden de nuevas bases, Sieyès se plantea diferentes problemas en relación a la representación del tercer estado en el capítulo IV de su obra referido a la elección de las asambleas provinciales. Entiende que en las asambleas provinciales se dan los primeros pasos a la desaparición de la distinción en órdenes. En estas se tuvo en consideración a los ciudadanos de acuerdo a “sus propiedades y el orden real” de los mismos. Este orden real tiene como principio la convocatoria de los miembros en calidad de propietarios. Esto establecería una auténtica “representación nacional” para el autor.

Sieyès destaca, en este sentido, que en estas asambleas provinciales se distinguen cuatro tipos de propiedades: señoríos, bienes no señoriales del clero, bienes rurales y propiedades urbanas. Nuevamente la “pasión clasificatoria” de Sieyès. Pero, el autor indica que tres de estas cuatro clases de propiedades podían ser poseídas por ciudadanos de los tres órdenes (nobles, clérigos, plebeyos). En consecuencia, desdibuja la distinción de índole personal entre órdenes y torna posible una

² Podemos observar que Sieyès está tratando de clarificar su propio papel como representante del tercer estado siendo que pertenece al orden de los clérigos.

comunidad de intereses que expresaría el interés general, y posibilitaría que la nación sea una. Nuevamente el carácter ambivalente de la propiedad.

Detrás de las preguntas políticas que se hace el autor, el objetivo es un orden social que reemplace el antiguo desorden. Interpreta la promesa de pago equitativo de los impuestos como un intento de ilusionar al tercer estado para acallar sus exigencias y dejar intacto el antiguo estado de cosas.

Sin embargo, para garantizar la obediencia a la ley común, se debe reemplazar ese antiguo estado de cosas, el tercer estado debe estar en la asamblea. La solidez de una ley no puede fundarse en la concesión del más fuerte (como pretendían hacer con los impuestos), debe contar con la participación de los propios interesados.

Este planteo es fundamental porque Sieyès sostiene que aún cuando se establezca una igualdad en el pago de impuestos, esto no garantiza que se terminen los abusos. Se mantienen otras desigualdades: los privilegiados disponen del poder de justicia y el tercer estado es el más expuesto a los agentes del fisco y es subalterno en los ámbitos de la administración, incluso la Ley dicta penas diferentes para el privilegiado y para el no privilegiado. Sieyès advierte, de esta manera, que la Ley debería ser la misma obligación y la misma infracción para todos, con las mismas penas.

“Todos los privilegios en favor de la nobleza la convierte en una especie nacida para el mando y al resto de los ciudadanos en un pueblo de esclavos destinados a servir”. La igualdad no se encuentra garantizada porque las leyes están hechas en favor de los privilegiados y contra el pueblo. El pago equitativo de impuestos no terminaría con la opresión en otros ámbitos aunque Sieyès destaca la importancia de abolir los impuestos particulares al tercer estado -debido a que hasta el momento los ciudadanos que menos contribuyen son los que más se benefician, y el resultado de esta situación es que es honorable consumir y humillante producir-.

Sieyès identifica otro problema, una asamblea bien constituida tampoco garantiza al tercer estado una buena constitución, ya que el tercer estado no ha avanzado en sus exigencias y los privilegiados persisten en defender sus ventajas. Sieyès no está de acuerdo con la imitación del orden inglés. Por un lado insiste en que el interés público no debe mezclarse con otros intereses. Si se pretende reunir los tres órdenes en uno, es preciso abolir previamente toda especie de privilegio, compartir el interés común y los derechos del simple ciudadano. Si estas premisas no se cumplen los intereses continuarán siendo difíciles de amalgamar, confundiendo los tres órdenes y dejándolos separados *realmente* por medio del mantenimiento de privilegios. Lo esencial a una buena legislatura son los caracteres de una buena representación y en relación a ello solo la nación puede decidir por sí misma y aprobar leyes, nadie puede votar en nombre del pueblo sin tener su representación: “una comuna no puede ser sino un conjunto de ciudadanos poseyendo idénticos derechos sociales y políticos” (Sieyès, 2002: 41). Por otro lado, el autor, entiende que el orden político es producto del

azar y las circunstancias, más que de la razón. Para Sieyès es fundamental consultar nuestras necesidades y relaciones para instruirnos en los buenos principios de organización del “estado social” ya que no se conoce el modelo deseable en lo concerniente al “arte social” y considera que los productos del arte político deben tener en cuenta los saberes de nuestro tiempo.

El autor indica “la verdadera ciencia del estado social es reciente [...] la arquitectura social debe ser aún más lenta en sus progresos, toda vez que este arte, si bien el más importante de cuantos existen, no ha recibido como comúnmente se piensa, ningún impulso de los déspotas y los aristócratas” (Sieyès, 2002: 46).

De esta manera aparece otro grupo de conceptos que emergen como parte de este ánimo clasificatorio y analítico de Sieyès, grupo de nociones que está conformado por las palabras “orden social”, “ciencia del orden social” y “arte social”. Sieyès considera fundamental separar “todo interés particular” y abordar el problema, en este caso que los estados generales voten por cabeza y no por órdenes, “según los principios establecidos para esclarecerlos”, principios que no son otros que los de esta “ciencia del orden social” (Sieyès, 2002: 25). Y seguidamente el autor aclara esta necesidad de encontrar nuevas “nociones” que apuntalen la certeza, el conocimiento, y la verdad. En Sieyès el “análisis metafísico” procede de la capacidad propia del sujeto de distinguir partes, calidades y relaciones, y esta “pasión analítica” es compartida con otros filósofos franceses de su época como Condillac y Condorcet (Guilhaumou, 1997:13).

Al contradecir la opinión de que basta copiar la constitución inglesa para dar a la nación francesa un ordenamiento nuevo, Sieyès apela a la noción de “arte social” como aquel arte capaz de “producir los más grandes efectos por los medios más simples” (Sieyès, 1993:154). Frente al ánimo de imitar la constitución inglesa aparece el concepto de arte social como aquel capaz de producir efectos a través de la implementación de determinados medios, así como el arte social es capaz de “juzgar los progresos” de la sociedad, y ligado a este modelo que juzga y mide, aparece el “arte político”, arte “que no data de muy lejos”.

En esta dinámica se impone la búsqueda de un saber imparcial, no interesado, que permita construir los fundamentos de un ordenamiento social y político adecuado, y para ello, el saber agrupado bajo los conceptos “ciencias del orden social” y “arte social” aparecen como fundamentales. Según el autor antes citado, en los manuscritos metafísicos escritos por el autor entre 1773-76 y en sus manuscritos de 1780 aparece el neologismo “arte social”, noción que se transforma en una “palabraguía”: es esta noción la que Sieyès junto a Condorcet impusieron en la *Société de 1789* en 1790 y después en el *Journal d’Instruction Sociale de 1793*. El arte social debe ser detentado por el legislador de la revolución y tiene por fin la producción de los más eficientes efectos a través de los medios más rápidos y simples. Para Sieyès el legislador debe basar sus principios en el “orden del

conocimiento”, y obtiene su “progreso” del “orden práctico” (Guilhaumou, 1997:17)³. Como veremos al analizar el texto de Condorcet esta cosmovisión es compartida: la ciencia social, el arte social es aquel que proporciona el método de análisis y los medios más eficaces para la intervención social. Pasión clasificatoria y espíritu reformador son dos ambiciones imbricadas en estos pensadores, asociación que heredarán a los pensadores del siglo XIX.

Condorcet. De la ciencia del progreso del espíritu humano y del progreso social

Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del Espíritu Humano es un texto de una naturaleza diferente al presentado por Sieyès, casi un escrito de agitación, un panfleto político. A pesar de esta diferencia el texto de Condorcet representa una profundización, incluso podríamos decir extrema, de la “pasión clasificatoria” y de la potencia analítica y reformadora que adquiere en los autores las ciencias sociales como ciencias emergentes de la época. Son las exigencias de esta nueva ciencia la que necesita de nociones, palabras, un léxico nuevo capaz de expresarla. En el caso de Condorcet su formación como matemático inclina la pasión clasificatoria y analítica hacia el “cálculo de las probabilidades”, cálculo que permite a los hombres, mediante la observación y el trazado de “cuadros”, la previsión “matemática” “de los futuros progresos del espíritu humano”, título con el cual Condorcet cierra su entusiasta *Bosquejo* antes de dirigirse a la guillotina.

El objetivo de *Bosquejo* es presentado por el autor en una breve y resumida introducción, que reúne en parte las ideas generales desplegadas en el texto y las complejidades de su lectura. En esta ponencia realizaremos un recorte específico y nos concentramos en analizar la serie de nociones y términos que fluyen entre “ciencia social”, “arte social”, “ciencia moral y política”, “ciencia del progreso humano”, “método”, “cálculo” y las palabras “clase”, “clase de hombre”, “clase opresora”, “clase oprimida”.

En los primeros párrafos de su obra Condorcet divide las ciencias humanas en dos. Los hombres nacen con determinadas “facultades de recibir sensaciones” y de poder “asociar” y “combinar” esas sensaciones en signos, dice el autor. Las sensaciones provienen del exterior y son independientes del hombre, mientras que las posibilidades combinatorias y de representación a través de los signos

³ El autor destaca que en los manuscritos de 1780 junto con el concepto “arte social” aparece otro neologismo: socialismo. “En una segunda página, propone “tratado del socialismo o del fin que se propone el hombre en sociedad y de los medios para lograrlo”, así mismo “tratado de asociación” y en la misma página, lo que no es más que una enumeración asombrosa (“de la sociología, sociología, sacionomía, sociocracia”) que retiene la distinción, al nivel de las “relaciones sociales” entre “la sociología, la historia, etc.”, de una parte y la “sociocracia o del arte social” de otra parte”.

son “medios artificiales” que surgen del lenguaje y la comunicatividad. En este punto, Condorcet divide las ciencias entre aquellas referidas a la observación y el análisis de los individuos y aquellas referidas a la observación y el análisis de los individuos reunidos en sociedades.

De modo que la primera es llamada metafísica, entendida como la ciencia que analiza el desarrollo de estas “facultades” en “los diversos individuos de la especie humana” (la metafísica condorceteana se asocia a una psicología). Mientras que, si “consideramos este mismo desarrollo en sus resultados, en relación con los individuos que existen al mismo tiempo en un espacio dado, y si lo seguimos de generación en generación, entonces presenta el cuadros de los progresos del espíritu humano”. En esta ciencia nueva, argumenta Condorcet, el progreso está sometido a las mismas leyes generales “del desarrollo individual de nuestras facultades” porque es el resultado de ese desarrollo pero “considerado simultáneamente en un gran número de individuos reunidos en sociedades” (nótese el plural). A su vez el resultado de estos progresos sociales “influye” sobre el de “los instantes que han de seguirle” dando la noción acumulativa e histórica aunque no lineal.

Entonces, hay una metafísica y una ciencia del progreso del espíritu humano y esta ciencia del progreso puede conformar y construir analíticamente un “cuadro” basado en la “observación”, “cuadro” capaz de incluir y emanciparse de las perpetuas variaciones de este progreso y poder formular de esta manera un “orden de esos cambios”, exponer, continúa el autor, “la influencia que cada instante ejerce sobre el que le sucede” y mostrar de esta manera “la marcha que la especie ha seguido, los pasos que ha dado hacia la verdad y la felicidad” (Condorcet, 1980: 82). Si bien esta ciencia aborda el progreso del espíritu humano, el progreso del conocimiento, para hacerlo analiza y relaciona ese progreso al “progreso social”, como veremos más adelante.

Esta marcha no es lineal y Condorcet indica que “las operaciones del entendimiento que nos conducen al error o nos mantienen en el” pertenecen a la teoría del desarrollo de nuestras facultades en no menor medida que “el método de razonar correctamente”. Las nociones de “error del pensamiento” o “error del conocimiento” junto a “método de conocimiento” integran esta “ciencia social”/ ciencia “progreso del espíritu humano” y son una parte fundamental de ella. El error se sitúa en las primeras épocas y el método en las últimas, en aquellas que el velo de los prejuicios y el poder se ha roto por la libertad y la república.

Así, “Este método se convirtió muy pronto el de todos los filósofos, y fue mediante su aplicación a la moral, a la política, a la economía pública como lograron seguir en esas ciencias un camino casi seguro como el de las ciencias naturales, no admitir más que verdades demostradas [...]” (Condorcet, 1980: 193). El paralelismo entre las leyes que guían el conocimiento en las ciencias naturales y aquellas que lo hacen en las ciencias sociales se transforma en garantía de conocimiento verdadero y es el “método” basado en la observación y en el conocimientos de la potencia y los

límites de lo que podemos conocer que se funda la asociación entre verdad y felicidad. Condorcet concibe las ciencias sociales como avanzada, como “la puesta en práctica”, la implementación de todas las ciencias naturales (Defourny, 1904:162).

Un último cuadro debe ser trazado, nos advierte el autor al final de la introducción: “el de nuestras esperanzas, el del progreso que se reserva a las futuras generaciones y que la constancia de las leyes naturales parece asegurarle” (Condorcet, 1980: 87). Lo que hoy parecen quimeras (como el aumento de la expectativa de vida de los hombres o los beneficios de un sistema de retiro/jubilación) “pasarán sucesivamente a ser posibles, e incluso fácil”. Se trata de demostrar cómo a pesar de la persistencia de los “prejuicios y del apoyo que recibe de la corrupción de los gobiernos o de los pueblos” la “verdad debe obtener su triunfo duradero” en el momento en que los progresos de las luces y de la virtud alcance a un mayor número de naciones y “penetre en toda la masa de un gran pueblo, cuya lengua se extendería universalmente, cuyas relaciones comerciales abarcaría toda la amplitud del globo” (Condorcet, 1980: 87).

Condorcet nos ofrece de esta manera tres elementos concomitantes. Por un lado, la insistencia en la influencia de cada instante en el otro, de cada generación en la siguiente es la insistencia sobre las posibilidades de la previsión del futuro desarrollo humano que le cabe a esta ciencia social o ciencia del progreso del espíritu humano que propone Condorcet⁴. Se trata de demostrar el poder de predicción de esta ciencia. El segundo elemento es el paralelismo entre el método de conocimiento entre las ciencias naturales y las ciencias sociales, método que ofrece garantía de verdad a las nuevas ciencias a través de la observación, el cálculo de las probabilidades, la implementación de la estadística a la economía, la moral y la política. Estos dos elementos producen una revolución paralela a la que se produce en el terreno sociopolítico. El tercer elemento, por consiguiente, es la asociación entre progreso del espíritu humano y la dupla libertad/república como un argumento circular, dupla que comienza en Grecia clásica tiene un largo período de decadencia que el autor identifica con el cristianismo, la edad media y el feudalismo, para renacer con la invención de la imprenta y el renacimiento.

Podemos entonces preguntarnos si estos tres elementos no transforman a Condorcet en un antecesor del pensamiento positivista del siglo XIX.

El ánimo clasificatorio de Condorcet está en división de las ciencias y también en la división de las épocas que permiten trazar un “cuadro” de los progresos del espíritu humano. Existen en este último caso, dos divisiones superpuestas. Primero, el autor divide el progreso del espíritu humano en dos

⁴ El “espectador-actor” de la historia condorcetiana está así en la situación de un jugador de cartas para quien la probabilidad de un juego de más en más favorable (sobre el conjunto de la partida más que sobre una en particular) proporciona los medios de prever acontecimientos cada vez más probables (Frick, 1986: 353).

grandes épocas, una “prehistórica” y otra propiamente “histórica”. La primera, nos dice el autor más adelante, presenta dificultades para ser abordada a través del conocimiento basado en la observación, de aquí que solo podamos acceder a su conocimiento a través de la deducción lógica. Es una época que “ninguna observación directa nos instruye sobre lo que ha precedido a este estado, y solo examinando las facultades intelectuales o morales, y la constitución física del hombre es posible conocer cómo ha podido elevarse a este grado de civilización” (Condorcet, 1980: 91). El conocimiento de la prehistoria de los progresos del espíritu humano es un conocimiento limitado para la ciencia social y por eso queda fuera de la historia propiamente dicha.

La segunda gran época, época propiamente histórica, comienza con la escritura alfabética, escritura que de manera materialista el autor hace coincidir con el aumento del excedente y del intercambio, tanto de productos como de saberes, y las posibilidades del desarrollo del conocimiento basado en la meditación y en la observación originados por la emergencia de un grupo social capaz de disfrutar de tiempo de ocio. Si bien en la época prehistórica hay progresos, son lentos e individuales. Solo desde el origen de la escritura se puede conocer a través de un método propiamente histórico. Esta época se sitúa entre los pueblos de oriente y la Grecia clásica y ya forma parte del cuadro de los progresos.

Lo interesante es destacar en este punto la distinción que hace el autor de que no pretende trazar un desarrollo histórico de estas sociedades sino conformar, formar, construir un cuadro de los progresos del espíritu humano y para eso debe “fundir” todas las historias particulares en la historia de un “pueblo único”. Así nos indica que el cuadro de los progresos humanos comienza a ser “verdaderamente histórico, o, más bien, a apoyarse en gran parte sobre la sucesión de hechos que la historia nos ha transmitido, pero es necesario escogerlos de la historia de diferentes pueblos, acercarlos, combinarlos, para obtener de ellos la historia de un pueblo único, para formar con ellos el cuadro de sus progresos” (Condorcet, 1980: 86).

Es el analista quien a través del arte de la observación sobre los hechos, del arte de las elecciones y combinaciones puede formular la historia de los progresos concibiendo a la humanidad como un pueblo único. Las sociedades son particulares pero los progresos son universales, la mediación es la construcción de este pueblo único.

Es la pasión analítica y combinatoria del sabio la que transforma en verdaderamente histórico el “cuadro del avance y de los progresos del espíritu humano”. Es esta posibilidad la que desplaza la adivinación y las “hipotéticas combinaciones” de la filosofía hacia esta ciencia del progreso que “no le queda más que reunir y ordenar los hechos, y mostrar las verdades útiles que nacen de su encadenamiento y de su conjunto” (Condorcet, 1980: 86). Como indicamos anteriormente, progreso del espíritu humano y progreso social están ligados, y que el autor, aun concentrando su reflexión

en el primero, debe recurrir a su relación con el progreso social, económico y político de las sociedades. Es en este punto que aparece la serie de nociones ligadas a la palabra “clase”.

Para que estos progresos, los del espíritu y los de las sociedades, se produzcan, es necesario, nos dice el autor que exista una “clase de hombre” capaz observar, de reflexionar, de reunir y ordenar los hechos, capaz de traducir esa verdad al lenguaje de las ciencias. En Condorcet el carácter y el peso que adquiere esta “clase de hombre” a lo largo de la composición de sus “cuadros” va a adquirir diferentes valores. Nuevamente, no es lineal la lectura que hace el autor. Esta “clase de hombre” a veces cumple una función progresiva, a veces progresiva y reaccionaria, a veces directamente reaccionaria, y finalmente, emancipados de la religión y los prejuicios, conquista terreno firme en la Revolución Francesa.

En Sieyès eran los “hombres en disponibilidad”, en Condorcet esta “clase de hombre” emancipado del “trabajo corporal” y dedicado al trabajo intelectual. Así introduce Condorcet que “Existe una clase de hombres cuyo tiempo no es absorbido por un trabajo corporal y cuyos deseos se extienden más allá de las necesidades. La industria despierta; las artes ya conocidas se extienden y perfeccionan; los hechos que el azar presenta a la observación del hombre, más atento y más adiestrado, hacen brotar las artes nuevas”. Se trata para el autor de la “aurora de las ciencias que comienza a vislumbrarse” (Condorcet, 1980: 84).

La emergencia de esta “clase de hombre” representa “la aurora”, el nacimiento de las ciencias. En esta primera época del progreso humano en la cual se forman “los pueblos” puede “observarse” los primeros signos de una institución que ha tenido “sobre los progresos del espíritu humano las influencias más *opuestas*”. “Me refiero” prosigue “a una clase de hombres depositarios de los principios de la ciencia, o de los procedimientos de las artes, de los misterios y de las ceremonias de la religión, de las prácticas de la superstición”, prosigue su enumeración indicando que “frecuentemente incluso de los secretos de la legislación y de la política”. Y nuevamente aclara que se refiere a “esta separación de la especie humana en dos clases: una destinada a enseñar, y la otra hecha para creer”, la oposición de dos clases, “una que pretende elevarse por encima de la razón, y otra que renuncia humildemente a la suya (Condorcet, 1980: 94). En esta clase de hombre están los sacerdotes que surgen entre “los salvajes menos civilizados” de esta primera época y extienden su dominio hasta las épocas que toca habitar al autor, finales del siglo XVIII.

El rol ambivalente de esta “clase de hombre” respecto a los progresos del espíritu humano es reafirmado en la exposición de la tercer época, la época de la agricultura. Para estos hombres emancipados del trabajo y abocados a la observación y el razonamiento “el progreso de las ciencias no era más que un fin secundario, un medio de perpetuar o de extender su poder. No buscaban la verdad más que para difundir errores; no hay que asombrarse de que la hayan encontrado tan pocas

veces” (Condorcet, 1980: 110). De aquí el rol ambivalente de esta “casta”, que en algunos casos como en el de los pueblos de Asia, a pesar de los progresos del conocimiento llevaron a la “inmovilidad” y la decadencia de estas sociedades o como en el caso de Europa que tuvo momentos de liberación, como en la Grecia clásica y momentos de decadencia y estancamiento como bajo el cristianismo y la feudalidad.

Es en la tercera época que Condorcet refiere también a la noción de “clase” de las tres maneras que la usa a lo largo del texto. Primero, para referirse a “esa clase de hombres” emancipados del trabajo corporal, a los que llama “sacerdotes”, “charlatanes”, “sabios”, “filósofos”, “ilustrados” alternativamente. En segundo lugar, para referirse a las clases asociadas a determinados trabajos o actividades sociales. En esta época, nos indica el autor es la propiedad de la tierra la que habilita la división entre los diferentes trabajos, que según el autor se efectúa por “el interés común”. “Así, a las tres clases que ya podían distinguirse en la vida pastoril –la de los propietarios, la de los criados ligados a la familia de los primeros, y, por último, la de los esclavos –, hay que agregar ahora la de los obreros de toda especie y la de los mercaderes”.

Y por último, hay una tercera forma en que usa el concepto clase, para referirse al “origen de la feudalidad” que ya sitúa en esta tercera época. Para Condorcet, con el desarrollo de la guerra y de la conquista de los pueblos sedentarios “vemos nacer nuevas clases de hombres: los descendientes del pueblo dominador, y los del pueblo oprimido, una nobleza hereditaria que no debe confundirse con el patriciado de las repúblicas; un pueblo condenado a los trabajos, a la dependencia, sin estarlo a la esclavitud; unos esclavos de la gleba, distintos de los esclavos domésticos y cuya servidumbre menos arbitraria puede oponer la ley a los caprichos del señor” (Condorcet, 1980: 106).

Primeras conclusiones

De manera que, en Sieyès y en Condorcet la noción de clase aparece primero en su forma clasificatoria pero asociada a formas sustantivas. En Condorcet esta asociación aparece de manera inmediata, por ejemplo cuando el autor describe la división social del trabajo entre el trabajo manual y el trabajo intelectual⁵. En Condorcet el concepto “orden” no aparece, aunque sí el de “casta” para referirse a las primeras épocas y el de “privilegios” feudales. El autor denomina a los órdenes feudales directamente en su forma sustantiva como clase nobiliaria, clase sacerdotal, clase aristocrática, a las cuales contraponen la existencia de otras clases, la clase de los comerciantes, de los obreros, de los industriales, de los intelectuales, de los pedagogos.

⁵ La influencia de esta primera división podemos encontrarla en La ideología Alemana de Marx y Engels.

En el *Bosquejo* también podemos observar estos tres momentos en los que aparece el término clase: como sujeto social, como forma de definir una función política y como forma de referirse al antagonismo sociopolítico. Estos momentos están a su vez relacionados, por ejemplo cuando describe las peripecias de esa “clase de hombre” que se dedica al trabajo intelectual que en la mirada del autor es central en la marcha/obstaculización del progreso del espíritu humano dependiendo si es parte de la “clase de los dominadores” o se coloca del lado de “la clase de los dominados”, si prima sus funciones como “clase opresora” o si el conocimiento es su fin primigenio y, por ello, cumple una función liberadora de las “clase oprimidas”.

Para concluir, podemos destacar la centralidad que adquiere las ciencias sociales y esta “clase de hombre” que es el sabio, el experto, el cientista social en ambos autores. En Sieyès es el “hombre disponible”, instruido en la razón y las luces quien debe adoptar la representación del tercer estado, debe ser el legislador que use el análisis y la práctica de estas “artes sociales” como facilitadoras del desarrollo social. En Condorcet este argumento es extremado, es el experto que a través de la implementación de determinadas “técnicas”, de determinados “medios”, como la constitución de un sistema de retiro/jubilación, como la extensión de la expectativa de vida o el sistema de instrucción universal, libere al pueblo de sus prejuicios, lo instruya en las potencia de la razón como forma de defender y garantizar sus derechos naturales y su natural tendencia a la “perfectibilidad”.

En su último “cuadro” las diferencias entre los derechos que la ley reconoce a los ciudadanos y los derechos de que estos realmente gozan tiene “tres causas principales: la desigualdad de riquezas, la desigualdad de estado entre aquel cuyos medios de subsistencia se transmiten a su familia y aquel para quien esos medios dependen de la duración de su vida, o mejor, de la parte de su vida en que es capaz de rendir un trabajo, y por último, la desigualdad de instrucción” (Condorcet, 1980: 230). Aún sin eliminar la desigualdad que el autor plantea como “natural, su atenuación debe ser conquistada a través de estas “técnicas” que fruto del nuevo método científico y del cálculo tendrá una precisión “matemática”.

De la potencia reformadora de esta ciencia social/arte social surge la necesidad de toda una nueva terminología, de un léxico capaz de dar precisión al análisis y a los medios para dicha transformación. La cadena semántica “clase”, “clase de trabajos”, “clase de propiedad”, “división social del trabajo”, entre otras que hemos analizado en esta ponencia, parecen emerger de este ímpetu.

Bibliografía

- Condorcet, M (1980). Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano. Madrid: Editorial Nacional.
- Frick, J (1986). “Condorcet et le problème de l’Histoire”. En: Dix-huitième Siècle N°18, pp. 337-358.
- Grandjanc, J (2013). Communisme/kommunismus/comunism. Origine et développement international de la terminologie communautaire prémarxiste des utopistes aux néo-babouvistes 1785-1842. Francia: Éditions des Malassis.
- Guilhaumou, J (1997). “Nation, individu et société chez Sieyès”. En: Genèses, 26, Représentations nationales et pouvoirs d'Etat. pp. 4-24.
- Sieyès, E (1993) Escritos políticos de Sieyès. México: FDE.
- (2002). Qu’est-ce que le Tiers état?. Paris: Éditions du Boucher.